

# EL SENTIDO RELIGIOSO EN LA POESIA ACTUAL

*(Discurso de inauguración del curso 1958-1959  
de la Institución «Tello Téllez de Meneses»,  
pronunciado por el Académico don José María  
Fernández Nieto el día 23 de octubre de 1958,  
en el salón de Sesiones de la excelentísima  
Diputación Provincial)*



**A** los poetas les está ocurriendo hoy lo que a los superhombres bíblicos que empujados por su soberbia quisieron construir una torre tan alta que llegara hasta el cielo. Porque ya sucede entre los poetas que existe un confusionismo. Cada grupo ha adquirido un lenguaje particular sólo para uso de ellos y hoy en día puede decirse que hay tantos criterios de lo que debe ser la Poesía como escuelas o grupos poéticos. Ni los mismos poetas —que en nuestro tiempo son exclusivamente lectores de poesía— se entienden entre sí. Huele ya con caracteres graves a torre de Babel, a confusión de idiomas.

Como decía muy bien Pemán en un reciente artículo de ABC, los poetas —como los filósofos— no tratan ya de buscar soluciones sino de crear problemas. ¿Efectivamente, el existencialismo ¿qué es sino una angustiosa interrogante? ¿Qué es la Poesía moderna, en su temática y en su concepción, más que una siembra de preguntas incontestadas? Seguramente no ha existido una época literaria y artística en que más se haya empleado el signo gramatical de la interrogación. Interrogación en la Filosofía que pregunta angustiosamente «¿qué es el hombre?» y qué es la vida. Interrogación en la Música que no «resuelve» el trazo de la sinfonía y va dejando sus hilos melódicos sueltos y su armonía deshilachada, sin anudar, sin solucionar, en una incompletud a veces desconcertante. Interrogación en la Pintura. ¿Qué son, si no, estas pinceladas del Arte Abstracto, más que planteamientos del problema del color, elucubraciones intelectuales acerca de la forma y de la expresión pictóricas? Antes, el pintor, el realista, el romántico, el renacentista al componer su cuadro, integraba, construía, en resumen, contestaba al hombre que tenía sed de ver. Hoy, el pintor de nuestro tiempo, en vez de tomar la realidad de un paisaje, de una composición humana y crear su realidad pictórica, desintegra en sus elementos la naturaleza viva y pinta la misma desintegración. Ante un cuadro abstracto no preguntemos nunca: «¿qué es esto?», porque es él el que se dirige a nosotros preguntando.

*En Poesía esta sensación interrogante se hace más concreta por su misma concepción ideológica. No se puede ir hoy día a la Poesía —como se fué siempre— a buscar un camino hacia el amor, hacia la muerte o hacia Dios. Ya no es camino, es un coto cerrado de sensaciones, un círculo girando alrededor de un eje de interrogantes. Por eso no se puede hablar de sentido religioso, ya que la religiosidad es un problema, una pregunta, pero también una afirmación, una integración positiva y constructiva.*

*Por eso hemos de ser optimistas pensando en su futuro. Porque existe una ley inexorable que es ley física y biológica. Ya sabemos que la historia es un movimiento vibratorio con vientres y nodos, una sierra montañosa donde se van repitiendo las crestas y los valles. Y en esta ley —al fin y al cabo— decretada por Dios mismo, fundamentamos nuestra esperanza en una Poesía mejor, que es tanto como decir en una humanidad mejor.*

*Porque —y con esto concluyo este breve ensayo— como dijo nuestro entrañable poeta paredaño y puede hacerse extensivo a todo lo vital,*

*No se engañe nadie, no  
pensando que ha de durar  
lo que espera  
mas que duro lo que vió  
porque todo ha de pasar  
por tal manera....*

## EL SENTIDO RELIGIOSO EN LA POESÍA ACTUAL

*(Discurso inaugural del curso 1958-59 de la Institución «Tello Téllez de Meneses», pronunciado por el Académico numerario D. José M.<sup>o</sup> Fernández Nieto el día 23 de octubre de 1958)*

### INTRODUCCION

Excmas. autoridades, señores Académicos de la Institución, señoras y señores:

Por corresponderme el turno, he sido designado por la Institución, para abrir el curso 1958-1959. Antes de entrar en el tema quiero hacer constar que hubiera deseado aportar un trabajo de investigación palentina para enriquecer el acervo cultural que ya tiene en su haber esta docta Institución, merced al trabajo y eficiencia de mis compañeros académicos. Pero confieso mi impotencia y mi falta de preparación para este cometido y me voy a limitar a tratar un tema más universal y más en consonancia con mis conocimientos.

He de comenzar advirtiendo que la Poesía, por culpa de la profanación que de ella vienen haciendo poetas de vía estrecha, tiene ante la gente culta una concepción equivocada. Oír, en nuestro tiempo, hablar de Poesía, es algo así como un anacronismo, como una extraña herencia de lo ingenuo y de lo sentimental, como algo que ya no concuerda con el devenir de nuestra cultura. Se mira a los poetas como seres desfasados, como piezas inadaptadas e inútiles en la maquinaria social de los tiempos que corren. Y ésto, aplicado a ciertos poetas que hacen de la Poesía un divertimento para ingenuos cuando no un motivo de espectáculo para escenarios, sería exacto. Pero vamos a hablar de una Poesía seria, fundamental, de una Poesía con mayúscula que fué, sigue y será siendo la expresión del pensamiento y el sentimiento de su época, el exponente más avanzado de la espiritualidad de su tiempo. Y entendiendo así la Poesía no hay más remedio que rendirse a la importancia de tema que vamos a tratar y que en muchos aspectos viene a resumir y a determinar los valores humanos del hombre de nuestros días, la trascendencia de su vitalidad espiritual ante la Historia.

## El sentido religioso

¿Qué es esto del sentido religioso? Es preciso aclarar que una cosa es hablar del sentido de la poesía religiosa y otra muy distinta tratar del sentido religioso de la Poesía, de la preocupación religiosa de nuestros poetas de hoy. Porque con esto del sentido religioso de la Poesía nos ocurre algo parecido a lo que sucede con el sentido religioso del «cine». No de todas las películas que son protagonizadas por sacerdotes o frailes puede decirse que sean religiosas y en contraposición puede haber sentido, preocupación religiosa en argumentos cinematográficos en los que aparentemente no existan personajes religiosos. Es conveniente no confundir el fervor o la piedad con la religiosidad del hombre. Todos recordarán el famoso y maravilloso soneto anónimo:

«No me mueve mi Dios para quererte  
el cielo que me tienes prometido...»

He aquí una auténtica muestra de poesía religiosa, donde la fe traspasada, olvidada la barrera de la preocupación— adquiere fiebre de esperanza, calentura de misticismo. El poeta se halla tan cerca, tan próximo a Dios, que no hay ya problema religioso, que la incógnita ha sido resuelta por la cifra de la fe, elevada a cimas insospechadas. Es el «muero porque no muero» de Santa Teresa, es el «Gocémonos, Amado...» de San Juan de la Cruz, es el «que mi voluntad está, conforme con la divina, para todo» de nuestro poeta paredaño.

En ninguno de estos poetas religiosos hay sentido religioso como problema, como búsqueda, como duda. Y es de esta búsqueda, de esta niebla interior del poeta, de lo que queremos hablar, para ver a través de nuestros poetas actuales el grado de riqueza religiosa, la dosis de fe y de esperanza que anidan en el hombre de nuestra época.

«Señor, lo tienes todo; una zona sombría  
y otra de luz, celeste y clara  
Mas dime Tú, Señor... ¿los que se han muerto  
es la noche o el día lo que alcanzan?

Dime, dime, Señor... ¿por qué a nosotros  
nos elegiste para tu batalla?  
Y después, con la muerte... ¿qué ganamos,  
la eterna paz o la eterna borrasca...?»

En estos dos fragmentos del poeta actual fallecido José Luis Hidalgo, no vayamos a buscar piedad, fervor, ardimiento de fe. Sin embargo podemos ver que sus versos están transidos de una preocupación religiosa, de un temblor de buceos trascendentes, de una desazón de angustiosas dudas existenciales.

«La religión —dice el Padre claretiano Martín Sarmiento— es el intento humano por relacionarse con un Ser Trascendente». Y en este sentido puede existir y existe de hecho religiosidad tanto dentro de una poesía católica como de una poesía hindú o mahometana. Religiosidad es preocupación por lo trascendente, búsqueda de un más Allá desconocido, cuando aún la Fe no nos ha empapado de la certeza concreta de un Dios único.

San Agustín nos habla claramente de dos formas de conocimiento de Dios: Un conocimiento ESPONTANEO y un conocimiento COSMOGONICO. O dicho sea de otra forma más sencilla: Un conocimiento adquirido a través de nuestra facultad de raciocinio y al que imprecisamente podríamos llamar filosófico. Y otro segundo tipo de conocimiento, el adquirido a través de la creación, de la naturaleza, el que podríamos llamar poético, el que percibimos a través de las sensaciones que nos llegan de «fuera». Y de este es del que queremos hablar aplicándole a la Poesía de nuestro tiempo.

Dámaso Alonso, en su introducción al libro «Hombre de Dios» de José María Valverde, ha dicho que toda Poesía es «esencialmente religiosa». Y efectivamente el poeta no es más que un constante debedador de los secretos divinos que encierra la misma naturaleza de la que se nutre y en la que vive inmerso.

San Juan de la Cruz pregunta a la Creación por Dios. Recordad sus versos:

Oh, bosques y espesuras  
plantados por la mano del Amado.  
Oh, prado de verduras  
de flores esmaltado,  
¡Decid si por vosotros ha pasado!

Y la creación contesta al poeta, por medio de su misma Poesía:

Mil gracias derramando  
pasó por estos valles con presura  
y yéndolos mirando  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura...

En todas las Literaturas existe esta clara alusión de que la Poesía es un poco como la encargada de encontrar a Dios en la Naturaleza. El «Shing-Ching» o Libro de la Poesía china dice:

«Mete tu espíritu en las cosas: en las montañas, en los árboles, en los pájaros y en ellos encontrarás a su Hacedor...»

En el Zohar –Libro del Esplendor– que es como el evangelio místico de los judíos Sefarditas, podemos leer lo que sigue:

«Los seres que viven acá, abajo, son los encargados de decirnos que Dios está en lo alto...»

Emir Ismail al-Husany, comentando el Fusus expone claramente los dos caminos que existen para llegar al conocimiento de Dios y al referirse al medio intuitivo, nos dice:

«Debes mirar al mundo de la Creación y verás en él señales de que ha sido hecho...»

Después de estas citas a las que podríamos añadir testimonios de San Buenaventura, San Anselmo y Santo Tomás, y aun del mismo Aristóteles, no sería muy aventurado decir que el poeta es al conocimiento de Dios, a través de la Naturaleza, lo que el sacerdote es a través de la fe y la revelación. Ambos, como las líneas de un ángulo agudo y cada uno por su lado pueden llegar a converger en un solo vértice. El sacerdote, el cristiano irá en busca de la Suma Verdad. El poeta, el artista caminará hacia la Suma Belleza. ¿Y qué son la Suma Verdad y la Suma Belleza más que una misma cosa en Dios?.

Vamos, pues, a repetir una vez más, antes de seguir, que es preciso distinguir entre una poesía con minúscula, tejida de urdimbres folklóricas, pariente de habaneras y tangos y entre la auténtica Poesía, que nada tiene que ver con el escenario ni con los afeites de la recitación y que por el contrario, como dice Dámaso Alonso es «esencialmente religiosa».



### El hombre Lógico y el hombre Mágico

En su ensayo «Ideas y creencias» Ortega y Gasset se propone nada menos que justificar el «por qué» de la presencia de los poetas en la sociedad.

«Conviene, de paso, reconocer —dice Ortega— que nadie hasta ahora ha dado una mediana respuesta a la cuestión de por qué el hombre hace poesía, de por qué se crea, con no poco esfuerzo, un universo poético. ¡Cómo si el hombre no tuviera de sobras qué hacer con su mundo real...!»

Y explica el fenómeno de la creación poética como un producto de la fantasía y de la imaginación del hombre.

Pero creemos que es Pedro Caba el que acierta plenamente al enfrentarse con el problema. Para Pedro Caba existen en nuestra sociedad dos tipos fundamentales de hombres: El hombre lógico y el hombre mágico que vienen a corresponder a dos polos distantes de humanidad ya conocidos: el extravertido y el introvertido, o si se quiere el tipo intelectualoide y el sentimentaloides. Pero en su titulación y en su concepción Caba enriquece su definición.

El hombre lógico es el que vive acomodado perfectamente a la realidad que le circunda y le basta con ella y en ella se extraverte. Todos le conocemos. Es el científico, el negociante y aunque a primera vista no lo parezca, el filósofo, el intelectual, que se conforma, que se contenta con lo que la realidad le ofrece y se sirve de ella, de su materialidad y de su idealidad, para realizar sus obras.

Por el contrario el hombre mágico es el eterno disconforme con la realidad, el que choca con ella hasta hacer saltar chispas de asombro o de sorpresa, el que no vive a gusto con ella y se introvierte en sí mismo para «idear», para «inventar» acaso, una realidad íntima. Es el sentimental, el artista, el poeta, el místico.

Y es precisamente en el hombre mágico de Caba en el que se da la fecundidad creadora. El hombre lógico en puridad no crea, más bien recrea, utiliza siempre materiales creados para hacer sus obras. El

hombre mágico, por el contrario, arranca de sí mismo, de sus vivencias mismas para elaborar su mundo. El hombre mágico es como decíamos un introverso y así como el hombre lógico es propenso a la actividad, al dinamismo fisiológico y físico, el hombre mágico es esencialmente inactivo para la vida material. Y es precisamente de esa inactividad externa de donde nace su íntima contradicción, su lucha interior, su desasosiego. Y es de esa «desazón», de esa pugna entre la realidad objetiva y la realidad vivida, de donde nace su fecundidad existencial. Por eso el hombre mágico es a la vez amante y hostil, creyente y ateo, compasivo y cruel y ello con todo el ímpetu de su sangre y toda la palpitación viva de sus redaños. Duda porque sangra por dentro, o sangra sentimentalmente porque se contradice agónico como Unamuno. La contradicción —dice Caba— en los sentimientos, lejos de destruir al hombre le enriquece, como el oleaje aumenta la potencia y la vitalidad del mar. Por eso el hombre mágico es tierra fértil, campo abonado para la creación. Porque hay siempre en él dos fuerzas opuestas, de signo contrario como el de los sexos y de su copulación nace la criatura, la creación musical, pictórica o poética. Por eso en todo hombre mágico hay un artista en embrión, un poeta en potencia, un pequeño dios creador de realidades nuevas.

### Evolución de la Poesía en la historia

La historia de la Poesía, como la Historia del Arte y en suma, de la Estética está marcada por épocas alternas. En cada época se observa un claro predominio del hombre mágico o del hombre lógico. Claro está que este dominio nunca puede ser absoluto. Hay que tener en cuenta que así como no existe el tipo puro de hombre lógico, tampoco existe el hombre mágico puro. El hombre, tanto sexual como psicológicamente es una mezcla de ambos elementos, si bien con predominio marcado de una tendencia. La historia, por esto mismo, está caracterizada por la hegemonía alternativa de la fuerza intelectual y de la fuerza cordial, o dicho en el lenguaje que venimos usando, del mundo mágico y el mundo lógico. Cada civilización, cada época está coloreada,

con mayor o menor intensidad, por el pincel de la inteligencia o por el del corazón.

Todos sabemos que la Edad Media es eminentemente sentimental y toda la época medieval está claramente empapada por el temblor de lo mágico. El mago, el profeta, el asceta, el santo florece en un clima de almas apasionadas que sienten próxima y casi familiar la presencia de lo divino. Todo es misterio, mito, canción, rezo, presagio, poesía y arte de catedral, de heroísmo, de ternura y abnegación. Es una época que vive en permanente calentura espiritual.

En el siglo XII, parece que el hombre pone su corazón a enfriar y surge el racionalismo occidental. Hasta el propio San Anselmo cree para entender y saber. Es el siglo de Abelardo, Maimónides y Averroes, y como consecuencia es el siglo de las primeras herejías intelectuales, como la de los Cátaros y Albigenses.

En este fluir y refluir de la Historia vuelve nuevamente la reacción de lo mágico con Francisco de Asís, San Buenaventura, el Maestro Eckhardt y la mística germana.

Como una contramarcha irrumpe el nuevo racionalismo de Avempace, Abentofail y Abelardo que culmina con el racionalismo cristiano de Santo Tomás de Aquino y San Alberto Magno. Aparecen las primeras Universidades, la Filosofía escolástica.

Y llega después el Renacimiento con su bagaje mágico de pasiones jóvenes e inteligencias ponderadas. Hay una especie de armisticio entre el sentimiento y la razón. Es la época de la máxima riqueza, por que junto al alto voltaje de lo sentimental se mantiene el rítmico pulso de lo lógico.

Vienen los siglos XVII y XVIII y hay como un eclipse total del sentido mágico de la vida. El predominio de lo intelectual es casi absoluto. La razón es una diosa. Se razona todo: su arte, sus costumbres, su amor y hasta sus creencias. Y como furiosa reacción sobreviene en el siglo XIX el romanticismo que es el antirracionalismo por excelencia. Se suceden aún unas breves etapas de balbuceos, de indecisiones y desembocamos en el siglo XX. ¿Qué sucede en los albores de nuestra época?

### El modernismo en el Arte y la Poesía

Al comenzar el nuevo siglo el viejo organismo del Arte siente la honda fatiga de su propio cansancio. Han sido recorridos todos los caminos estéticos tantas veces que hay que tratar de buscar caminos nuevos, nuevos ríos navegables que desemboquen en el mar de una Estética nueva. La Música con Debussy y Strawinsky, la Pintura con Lautrec y Degás, con Picasso y Gauguin, la Poesía con Rubén Darío y Salvador Rueda, con Mallarme o Rimbaud, rompen definitivamente los viejos moldes e intentan abrir caminos nuevos. Es la época de los «ismos». Es la fiebre fugaz del cubismo y del dadaísmo, es la prueba frugal del ultraísmo y del maquinismo, es el breve ensayo del pernasianismo y del creacionismo, o es la búsqueda en los estratos del subconsciente del surrealismo. Se ensaya con la Pintura, con la Música, con la Poesía como si fueran productos químicos susceptibles de desprender nuevos gases estéticos. Se tiñe nuevamente la época de un color francamente intelectual. Y se destierra el sentimiento como una vieja decrepita e inservible. Da la impresión que el hombre mágico ha sido vencido y aplastado sobre la vieja piel de Europa.

Pero hay que anotar aquí un curioso contraste, uno de esos contrastes históricos que destilan una significativa ironía sobre el acontecer humano. Mientras la Música se enfría de esencias melódicas para darnos partituras de complicados análisis armónicos, mientras la Pintura rompe con aquella «mímeses» —imitación de la naturaleza— que preconizaba Aristóteles en su Poética para lanzarse a la elucubración intelectual del color por el color, mientras la Poesía endurece sus fibras cordiales y pierde temperatura humana para tejer con la palabra un nuevo mundo de conceptos, fríos como planetas deshabitados, mientras todo esto ocurre y a la vez que ocurre todo esto, surge el fenómeno opuesto en el campo de la Ciencia. La filosofía —ciencia al fin— que siempre se tejió desde el ovillo del cerebro, la Filosofía que siempre actuó bajo el aula rigurosa de un recio positivismo, la Filosofía que desde los presocráticos hasta Nitzche y Kant, se enebrió siempre con la aguja de un racionalismo algebraico, a finales del xix comienza a sentir la fiebre de lo mágico con Heidegger, se empapa de sudores

sentimentales con Kierkegaard, se contagia de subjetivismo poético con Unamuno y Papini, y ya definitiva, descaradamente, se reblandece de escarceos mágicos con Sartre, que hace de la filosofía una mercancía artística que se expende al precio de un existencialismo escénico en los teatros de París.

Hasta la Ciencia aplicada siente atrevimientos mágicos y atisbos de cordialidad. La medicina, empujada en muchas ocasiones por la furia del Psicoanálisis de Freud, reblandece sus cimientos somáticos con diagnósticos psíquicos y busca una nueva terapéutica de palabras mágicas y tratamientos hipnóticos.

Y hasta la Química, con la desintegración del átomo, llega a hablar-nos de que los neutrones y los protones observan un comportamiento de seres humanos y nos informa de su sospecha de pasiones y afectos dentro de los átomos.

¿Qué interpretación, qué explicación hallar a todos estos fenómenos? ¿Qué raíz humana puede justificar esta confusa floración?

### Sentido religioso de la Poesía

He aquí la tremenda importancia de un tema que a primera vista pudiera parecer insustancial. Si la Poesía, si el poeta —y nadie se atreve a discutirlo ya— es como el reflejo, como el exponente humano de cada época y lo que es más interesante como la avanzadilla, la delantera del sentir humano de cada época, vamos a intentar el análisis aunque sea brevemente al mensaje indescifrado de nuestros poetas actuales, en lo que más nos interesa de ellos, en lo más trascendente de la Poesía: en su sentido religioso.

Porque nosotros creemos que en todos estos fenómenos de reversión estética y científica, en este querer salirse cada cual de su propio cauce, hay una raíz común: Hay, sencillamente, un desesperado esfuerzo por buscar a Dios. Y más que una búsqueda hay una caza despiadada de Dios. La filosofía, que no le pudo hallar nunca por sus propios medios de raciocinio, no duda en saltar sus railes para intentar llegar hasta El. La ciencia, envalentonada por sus gigantescas conquistas quiere arrancar al átomo el secreto de lo divino. Y a su vez, la Poesía

—como la Pintura y la Música— torturada por indigestiones de sentimentalismo, enferma de racionalismo y romanticismo, se lanza a la peligrosa aventura de erigirse en diosa para dar la espalda a la Creación de Dios y buscarse una nueva creación, un nuevo mundo de ideas.

¿Cuál es el sentido religioso de esta Poesía? Hasta primeros de siglo y puede decirse que desde siempre la Poesía perseguía siempre la existencia de Dios y le buscaba humildemente en las cosas, en la naturaleza, con los efluvios magnéticos de la propia inspiración. Tenía un sentido de religiosidad, un afán de fortalecer o hallar su fe por el camino de un inmanentismo que no fué condenado nunca por la Iglesia según la palabra de nuestro gran Pontífice Pío XII, recientemente fallecido, que dió una vez más prueba de su santa Sabiduría. Pero hoy, señores, hemos llegado a una época de endiosamiento que abarca todas las esferas intelectuales y corporales del hombre. El torero se cree un pequeño dios cuando empuña la muleta, el cirujano de renombre entiende que la vida de los hombres está en sus manos, el científico nuclear se regusta pensando que tiene el poder de un dios destructor en la punta de sus dedos y el poeta que ha escrito una obra universal desprecia a todos los demás sintiendo que el mundo entero cabe en uno de sus pensamientos. El problema de nuestro tiempo es un problema de soberbia, de falta de humildad, de endiosamiento del hombre.

Por eso la Poesía de nuestro tiempo, el poeta de esta época que vivimos es un reflejo exacto de esta soberbia que empapa, como un licor ácido y corrosivo, nuestra cultura actual.

¿Hay, pues, religiosidad en la Poesía actual? En cierto modo sí. Pero es una religiosidad al revés, es decir, poniéndose por ídolo el poeta mismo. Es una religiosidad negativa, destructora y que tiende, quizá sin darse cuenta, a destruir a Dios mismo. Todo el que llega —como el existencialista ateo— a destruir a Dios, a negarle, una de dos, o desemboca en la desesperación —o en el suicidio— o bien se transforma en ídolo de sí mismo.

Quizá a muchos les parezca exagerada la hipótesis pero leyendo nuestros poetas actuales, hay una mayoría que se comportan así. La poesía moderna está empañada de una continua búsqueda de Dios, es cierto, pero de una búsqueda que arranca desde el monte altivo de la soberbia y que por tanto es infructuosa. Su sentido religioso, su preocupación cósmica y telúrica por lo trascendente, arroja un tremendo saldo negativo, proclama el déficit incontrastable de su fe, vendida y negociada a cambio de una vanidad literaria cuando no es, des-

graciadamente, el exponente de una angustia existencial sincera y desgarrada.

Fijémonos por un momento en los títulos de los libros aparecidos dentro de los últimos lustros. Ya ellos, por sí solos, hablan de un pesimismo vital: «La destrucción o el amor», «Morada de la angustia», «La estancia vacía», «Temblor», «Voz de la muerte», «La tierra amenazada», «Noche del hombre», «Cuando ya no hay remedio», «Los desterrados», «Huésped de un tiempo sombrío», «El grito inútil», «Los hombres se matan», «Deriva»... ¿para qué seguir? Hay cientos, miles de libros publicados y en la inmensa mayoría se aprecia este clima sombrío, a veces sobrecogedor de lo existencial. Internémonos en una fugaz ojeada por sus versos y hallaremos con harta frecuencia hondas resonancias de corazones torturados por la duda cuando no por la desesperación. No es la queja amarga pero resignada de nuestro Jorge Manrique cuando exclama:

No mirando a nuestro daño  
corremos a rienda suelta  
sin parar,  
des que vemos el engaño  
y queremos dar la vuelta  
no hay lugar.

No es tampoco la decepción calderoniana de la vida cuando exclama:

que toda la vida es sueño  
y los sueños, sueños son.

Ni la romántica melancolía de los versos becquerianos cuando se duelen de que

¡Qué solos, qué tristes  
se quedan los muertos...!

No es, finalmente, la desesperación más literaria que vital de un Espronceda cuando exclama:

«Y encontré mi ilusión desvanecida  
y eterno e insaciable mi deseo  
palpé la realidad y odié la vida  
¡sólo en la paz de los sepulcros creo!

Es algo más hondo, más escatológico que arranca de las entrañas del mismo ser y que quiere bucear en la misma médula de la existencia. Nos lo dirá Gabriel Celaya en muchos de sus versos:

¡Ay, quiero ser; queremos, amantes serpentinos  
 ser líquida caricia, ser sin ser, ser lo otro,  
 ser más que lo que somos...!

Es la desgarrada alusión a lo incomprensible que florece con el temblor de lo telúrico y lo desconocido en Victoriano Alonso Crémer

¡Oh, atracción de lo hondo! ¡Tiranía,  
 del lívido reflejo que nos dobla  
 sobre el brocal clemente y nos rastra  
 al húmedo recinto...!

Ya no hay distinción de sexos poéticos. La mujer no es ya la poetisa. Ha perdido aquel aroma de ternura, aquella maternidad gozosa y sensual de una Rosalía de Castro y se sumerge oscuramente en este ciénago de pesimismo que colorea de tonos sombríos nuestra Poesía moderna. Y será Angela Figuera Aymerich la que nos diga:

«No quiero irme viviendo, irme muriendo  
 en este remolino de los días,  
 ciegos de prisa, locos, enredados,  
 mordiéndose las colas, resbalándose  
 por rotas espirales de impaciencia...»

Cualquier tema tocado por el poeta es rociado con la húmeda niebla de lo sombrío, de lo nebuloso. Por esto es oscura la Poesía de nuestro tiempo, porque el poeta se empeña en desentrañar el contenido último de las cosas, y no satisface su curiosidad en la naturaleza porque quiere ver con la amplitud de los ojos divinos todos los secretos. Porque es como un arquero que dispara siempre su flecha hacia lo inescrutable y anda a tientas por sus propios versos, como en esta pincelada de soledad de José Hierro:

Me parece que todo huye,  
 que se aleja a un galope loco  
 (y nos vamos quedando solos)  
 Pedimos pero no encontramos  
 lo que ha sido de nosotros...  
 (y nos vamos quedando solos)

Otras veces el poeta se sumerge en el piélago del subconsciente, en el suburbio mismo de su humanidad. Es la herencia tremenda de Freud que florece poéticamente en el surrealismo y que como en el caso de Miguel Labordeta, desemboca en un mar de nihilismo donde la nada es proclamada morbosamente como una diosa:



«Y una vez morir,  
 todo perfecto ya  
 sin rabia ni mirada  
 ni esperanza de mitos  
 ¡sucumbir de tu amor único  
 oh, nada maravillosa!

El odio, la sangre, el hambre, la guerra, la muerte, el terror, la angustia son imprescindibles materiales temáticos para construir los poemas actuales y asusta pensar si tendrá raíces vitales y hondas en el pensamiento de nuestro tiempo. ¿Es que la poesía ha dejado de ser eco fiel de su tiempo? ¿O es que nuestro tiempo es el culpable de que la Poesía se está desangrando en los estertores de una humanidad que se desintegra —a imitación del átomo— en sus valores espirituales? He aquí una terrible ecuación cuyas incógnitas sólo el tiempo podrá despejar.

Hoy es quizá pronto para emitir un diagnóstico definitivo. Porque por otra parte no todo es temblor telúrico y angustioso en nuestra Poesía de hoy. Hay también poetas que elevan su voz a un cielo concreto y cristiano con voz clara y firme. Hay poetas que como Fray Jesús Tomé saben decir en versos modernos:

Y me siento reír...  
 Me va invadiendo  
 el gozo de encontrarme ya en la cima  
 con todas las tristezas apagadas  
 empapado de Dios y de alegría...

Y hay poetisas que guardan en su corazón, como una reliquia que hay que salvar del caos poético, una ternura femenina. Es el caso de Ana María Lahitte cuando le canta al «hijo que está por nacer»:

Ay, niño, mi niño de alas  
 Dios sabe que no nací  
 todavía... Estoy naciendo  
 en tu mundo de jazmín.  
 Ay, que aún no eres el hijo  
 sino el ángel... Al decir  
 «mi niño», vuelve a mi pulso  
 el cielo que ya perdí...

Y este es el caso de muchos poetas de la esperanza y de la fe de los que he querido poner una par de ejemplos como exponente. Pero la inmensa mayoría de los poetas de fama universal —y esto es lo sig-

nificativo— mimados y considerados como favoritos por el mundo poético actual, tienen las características que hemos ido señalando.

¿Qué puede esperarse de esta crisis religiosa de los poetas? Como hemos dicho es un tanto gratuito jugar a profecías, pero nosotros somos optimistas. Y nos fundamos en que ya se ha iniciado hace unos años una corriente de retorno, de reflujo hacia formas poéticas más claras y más ricas de esperanza cristiana. Hay un cansancio, una fatiga por la sencilla razón de que lo que empezó siendo sincero y vivido se va trasformando en una poesía de lugares comunes donde la retórica angustiada y existencial empieza a sonar a falso. La fuente inspirativa ya no arranca de la vivencia del poeta sino de la lectura de los demás poetas. Es ya «una moda» tocar temas escabrosos o sombríos. El poeta no siente «así» la vida sino solamente la poesía y se deja llevar en una turbulenta corriente poética pero sin vida propia.